

vestigación transdisciplinaria y que recuerdan las limitaciones que impone a nuestra lectura del mundo la representación imperfecta que hace nuestra escritura del lenguaje. Por eso hace bien en recordarnos que el impacto de la cultura escrita se mide en tiempo histórico, no en el curso de una historia individual.

NORMA DEL RÍO LUGO  
El Colegio de México  
Universidad Autónoma Metropolitana

ADRIANA SILVESTRI, y GUILLERMO BLANCK, *Bajtín y Vigotski: la organización semiótica de la conciencia*. Anthropos, Barcelona, 1993; 286 pp.

Tras la caída del bloque socialista y en medio de la posmodernidad, con todo lo que ésta tiene de caótica o libertadora, peligrosa o provocativamente compleja, la “moda” Bajtín, en manos de ciertos académicos de izquierda, parece querer reivindicar la tendencia marxista de un pensador de singular importancia. La obra bajtiniana, si bien no tiene una orientación clara dentro de los límites del materialismo histórico, se opone a la metafísica occidental, muchas veces desde puntos de vista cercanos al marxismo. Esto se relaciona con que el problema de la conciencia y la cultura, dentro del “sistema filosófico” bajtiniano —si es posible referirse así al complejo de textos inéditos, prohibidos, editados en vida bajo otros nombres o póstumamente—, se plantea en términos de un proceso sociohistórico dinámico, lo que lo acerca a las doctrinas del materialismo histórico.

Subrayando esta tendencia filosófica en la obra teórica de Vigotski y Bajtín —este último, por lo demás, no muy grato al régimen soviético stalinista, lo que resulta de gran ventaja para la posteridad—, Silvestri y Blanck estructuran su libro de la siguiente manera: la primera parte es un comentario exegético de los conceptos básicos de ambos teóricos, que demuestra la relación entre su pensamiento respecto de la constitución y organización de la conciencia y los principios de una ontología marxista; la segunda, escrita por Blanck, es una biografía de Bajtín a la que suceden tres textos suyos —editados por primera vez en español, aunque no traducidos del original ruso, sino del francés el primero y del italiano los dos siguientes. La fragmentación temática y metodológica del libro, debida a las diferencias entre los autores de cada una de las tres partes, crea desconcierto en relación con la estructura tanto lógica como editorial. Así, queda bastante vaga la explicación de por qué al análisis comparativo de dos teorías sobre la constitución de la conciencia siguen, primero, la biografía de Bajtín y, luego, tres textos suyos; mientras, por otro lado, se omite la equivalente información biográfica sobre Vigotski

como también una selección de textos suyos. Es indudable la conexión temática entre la primera y tercera parte, sin embargo, queda sin justificación la inclusión de los datos biográficos de Bajtín, síntesis de elementos de investigación bibliográfica. Si bien me parece útil una microbiografía de Bajtín dirigida al lector hispanohablante que no tiene acceso a otras lenguas o a publicaciones en otras lenguas, creo que un intento serio de entender al filósofo ruso —en parte por su vida personal-intelectual, cosa que justificaría la existencia de este apartado en el libro—, primero, exige algo más que la síntesis de una investigación secundaria y, segundo, manifiesta la confusión tanto de los escritores como de los editores respecto del público al que se dirigen. Para un público no especializado, la primera y la tercera parte del libro se convierten en textos difícilmente penetrables o de poco interés; para especialistas —¿de qué área?—, la segunda parte es injustificadamente pobre.

En relación con la segunda parte del libro, no existe una línea de investigación que, en la estructuración interna y en el planteamiento de sus objetivos de recepción, justifique la inclusión de la biografía de Bajtín. Resultaría probablemente esclarecedora, y no sólo atractiva por razones de superfluo cotilleo pseudoacadémico, una “biografía” intelectual de Bajtín y de su obra, en español, que incluyera y explicara el trayecto del pensamiento del Círculo y que propusiera soluciones sobre los problemas de la historia editorial de la obra bajtiniana, junto con la exégesis de las vertientes que recorren el (no)-sistema filosófico del pensador ruso; al parecer no les interesó llenar esta laguna, de ahí que optaran por información superficial de segunda mano. Otro elemento que habla de la confusión en los objetivos del libro es haberlo publicado en una colección de “Psicología”, lo que nos devuelve a una pregunta múltiple y constante: ¿quién, con qué objetivo, apelando a qué tipo de lector, con qué criterio temático o estructural unió las tres partes constitutivas del libro, llamativamente y desde todas las perspectivas, desiguales en un solo volumen? El resultado revela un intento forzado y, en gran parte, fallido.

La insistencia en la orientación marxista del pensamiento bajtiniano y vigotskiano caracteriza la primera parte del libro, en la que Silvestri se propone encontrar una línea de pensamiento compartida por ambos humanistas rusos cuyas preocupaciones giran alrededor de la dimensión social y la importancia del signo lingüístico para la construcción de la conciencia individual. Bajtín y Vigotski se comunican, a pesar de no haberse encontrado ni física ni epistemológicamente durante sus vidas: “[sus] producciones teóricas se complementan y se iluminan mutuamente. Se intersectan en la importancia que Vigotski le dio al signo, desde la psicología, y que Bajtín le dio a las funciones psíquicas desde las ciencias del lenguaje” (p. 24).

En esta parte del libro se analizan conceptos como la conciencia, el signo, la significación, la ideología, el lenguaje interior y relaciones entre categorías o actividades como “psiquismo y comunicación”, “con-

ciencia y discurso”. Se enfrentan las teorías de los dos rusos con las de Piaget y Freud, la pragmática, la filosofía analítica, la gramática generativa. Marcando constantemente la implicación o raigambre social de las teorías de ambos, psicolingüista y filósofo-teórico literario, se aclaran términos como “signo”, “sentido”, “significado”, “significante”, “ideología”, “sistema semiótico” en sus dimensiones de creación histórica y conexiones con la sociedad. Es interesante que antes de la exploración de los conceptos relativos a la conciencia y su construcción social, según Vigotski y Bajtín, se exponen las definiciones que de la conciencia dan Marx, Engels y Lenin en oposición a las que expresa la línea filosófica que va de Platón a Kant y a Hegel. Después de una revisión somera y, por lo mismo justificadamente simplificada, Silvestri afirma: “Tanto en la concepción de Bajtín como en la de Vigotski subyace la formulación de Lenin: la conciencia es un reflejo activo de la realidad” (p. 28).

El análisis que sigue se centra más en Bajtín que en Vigotski quien, finalmente, aparece cuando sus postulados intensifican y sostienen, desde el punto de vista psicolingüístico, lo propuesto por Bajtín. El trabajo de Silvestri intenta prestar atención a ambos estudiosos —a pesar de que Bajtín es obviamente y a todas luces el “protagonista” del libro— que, según la exposición son, definitivamente “compatibles”, aun después de marcadas ciertas diferencias como la unidad básica de análisis para uno y otro —la palabra, para Vigotski, el enunciado para Bajtín (p. 48)— que obedecen a necesidades epistemológicas de sus respectivos campos de estudio.

Concebir la conciencia humana como construcción de signos y producto de la interacción social opone el pensamiento de Bajtín y Vigotski a las teorías de la evolución de Piaget, al idealismo inmanentista y al psicoanálisis freudiano biologicista. La conciencia, producto superior y distintivo del hombre frente a los demás seres, se construye y concreta por medio de los signos —única expresión posible y real. Los signos son objetos que representan otros objetos o acontecimientos de naturaleza distinta a la suya. Desde esta perspectiva, la particular manera de significación lingüística es siempre ideológica y es así que se justifica la afirmación de que la construcción de la conciencia en cuanto reflejo de la realidad —concepto marxista— es una praxis activa y no una reacción inerte y pasiva ante el mundo: “... el signo no debe abordarse sólo como unidad abstracta. Siempre existe una situación comunicativa concreta que lo motiva. No puede divorciarse del intercambio social” (p. 47). La inclusión del elemento social en los procesos de significación y comunicación orienta a Vigotski y a Bajtín hacia la formulación teórica del concepto de “sentido”: “... suma de todos los sucesos psicológicos que la palabra provoca en nuestra conciencia”, según el primero; propiedad del significado en un contexto concreto, para el segundo (p. 50). Ambos estudiosos reconocen la doble construcción interna del sentido, la objetiva social y la subjetiva, sin embargo, en los dos prevalece la convicción de

las dimensiones sociales del individuo y, por lo tanto, de su conciencia y expresión.

El siguiente paso para la exposición teórica de los sistemas que quieren probar la “naturaleza” socio-histórica del lenguaje es acentuar la fundamental presencia de rasgos ideológicos en el entramado lingüístico. Es decir, la lengua como sistema de expresión que une la conciencia con el mundo no puede más que llevar intrínsecamente juicios valorativos y matices ideológicos. La formación de un ambiente ideológico es el resultado de la interacción entre la conciencia personal y las doctrinas sociales. Esta visión acepta la heterogeneidad y la contradicción, pero también aboga por la unidad de una síntesis incluyente antes que excluyente. Por otra parte, desde la perspectiva expuesta, la visión diacrónica del lenguaje, como sistema cambiante, se vincula con el surgimiento y la imposición de diversas clases sociales cuyos intereses prevalecen en diferentes etapas históricas.

Monologismo y dialogicidad —supresión o realce de los significados no oficiales del signo, respectivamente— son los polos opuestos entre los cuales se mueve ideológicamente la actividad y la evolución lingüística; y esto es válido tanto para el lenguaje comunicativo, vehículo de comunicación con el mundo exterior, como para el lenguaje interior. Para Bajtín y Vigotski, entre los dos tipos de expresión lingüística las diferencias se ubican en que en el segundo “... la sintaxis resulta abreviada y cada palabra resume un extenso campo de sentido” (p. 73), sin que lo anterior implique una función psicológica diferencial del lenguaje. Así, diálogo o monólogo interior conforman situaciones de pragmática discursiva semejantes, ya que el signo siempre conlleva implicaciones sociales. La situación pragmática multidimensional de la comunicación no depende estrictamente de los hablantes involucrados: el propio signo aglomera, involucra, integra, engloba más de una voz.

Frente a la filosofía analítica y la gramática generativa las propuestas de Vigotski y Bajtín tienen, según Silvestri, la ventaja de analizar en mayor profundidad el hecho comunicativo en sus implicaciones de proceso integrado culturalmente, mientras, por otra parte, pecan de imprecisiones por la amplitud del campo al que se refieren. Entre las tendencias teóricas arriba mencionadas y las perspectivas de Bajtín y Vigotski las diferencias son insalvables, tanto por razones epistemológicas como por los derivados éticos de las mismas: ubicar la generación del lenguaje en los procedimientos biológicos inalterables o el valor pragmático de la comunicación en la particular condición de los estrictamente involucrados es ignorar el origen social del lenguaje y su semantización ideológica, elementos cuya principal repercusión es que el pensamiento, como elaboración cognitiva, es resultado de la vida social y no producto del limitado y solitario cerebro humano.

El discurso, forma de manifestación de la conciencia, se produce en el espacio limítrofe entre la palabra propia y la ajena. Los procesos men-

tales, como internos e inmateriales, y el solipsismo de la interioridad fueron debatidos por Bajtín, quien apuntó la diferencia entre los procesos fisiológicos y la construcción semiótica de la conciencia cuya naturaleza es la del signo material, lingüístico, histórico, social. Desde este punto de vista, la formación psíquica se ubica en el límite entre el organismo y la realidad social y es siempre dialógica.

Los textos bajtinianos que siguen atienden problemas de epistemología, como el primero titulado “Más allá de lo social. Ensayo sobre la teoría freudiana”, en el que Bajtín, tras un resumen objetivo y sin simplificaciones de la teoría freudiana, antepone a su agnosticismo metafísico del subconsciente individual el hecho de que el psiquismo humano, en tanto creación interpersonal y plasmación lingüística, no puede más que depender del complejo sociohistórico en el que está enmarcada obligatoriamente toda manifestación de la vida humana. El segundo texto de Bajtín, titulado “¿Qué es el lenguaje?”, trata problemas de la historia, la ontología y la estética de la lengua y de sus relaciones con la sociedad y la literatura. La historia del ser humano y la evolución de su lenguaje refuerzan tesis ya expuestas en el ensayo anterior. Los temas del signo lingüístico y su trascendencia para la organización y la ideología sociales ocupan el centro de interés de Bajtín en este texto. El libro cierra con un artículo que expone problemas lingüísticos y literarios relacionados con la enunciación. Aquí Bajtín esboza las diferentes implicaciones que tiene una visión del lenguaje en tanto práctica social de valoración ideológica y producto de la interacción humana. El lenguaje es, para Bajtín, no sólo el espacio del signo o la construcción lingüística—de la palabra o la frase—, sino el de los elementos suprasegmentales propios de la expresión valorativa y contextual del uso de la lengua.

Si este libro tiene bastantes elementos para una primera aproximación sobre lo que su título anuncia, no llega a cubrir todas las expectativas creadas; el lector, especializado o no, acaba con cierto conocimiento sobre Bajtín, aunque la homogeneidad de las formulaciones teóricas desmiente, en parte, el pensamiento del filósofo ruso que además de abarcar problemas de diferentes categorías cognitivas, propone para éstos soluciones matizadas, si no distintas, dependiendo tanto de la perspectiva disciplinaria adoptada como de las diferentes etapas de su pensamiento. Ética y teoría literaria, epistemología y análisis textual, neokantismo, misticismo cristiano *sui generis*, preocupación estética y propuesta sobre el lenguaje orientada predominantemente hacia una visión ética de la relación entre “yo” y el “otro”, en cuyos límites, el lenguaje, como producto de la interacción social, es sólo un elemento, encuentran poca explicitación en este libro. Por otra parte, la información sobre Vigotski es demasiado limitada y se transforma en casi accesoria desde la preponderancia obvia de Bajtín.

Llegar a una visión multidisciplinaria de los problemas propios del campo de estudios humanísticos es lo que se exige, justificadamente, des-

de hace algún tiempo y es quizá este intento o esfuerzo una de las vías más eficientes para promover la investigación humanística frente a las acusaciones de improductividad y ensimismamiento. Unir en un solo estudio problemas de psicolingüística, filosofía de las ideas, ética, psicología, epistemología, es intentar ver el problema cognitivo del lenguaje de manera global, fuera de compartimentos disciplinarios estancos. Hacia este fin parece haber sido orientado el intento de Silvestri y Blanck. Sin embargo, tanto su planteamiento epistemológico como su propuesta original en relación con por qué es importante la “coincidencia” teórica entre Bajtín y Vigotski permanecen vagos y por lo tanto sus conclusiones son demasiado previsibles para el lector informado, que puede llegar a las mismas o incluso a las contrarias por su propia cuenta y por medio de libros anteriores a éste. Para una nueva orientación de los estudios culturales se requiere algo más que poder de síntesis y este “algo más” se extraña en diferentes partes del libro, a mi modo de ver, por razones de estructuración problemática y confusión en el planteamiento de los objetivos.

CHRISTINA KARAGEORGOU BASTEA  
El Colegio de México

ALAN DEYERMOND, *La literatura perdida de la Edad Media castellana. Catálogo y estudio*. T. 1: *Épica y romances*. Universidad, Salamanca, 1995; 256 pp. (*Obras de referencia*, 7).

La oportunidad de su aparición —seguramente a nadie escapa que un recuento como éste iba siendo ya un pionero necesario para el hispanismo medieval— es una de las primeras virtudes de *La literatura perdida de la Edad Media castellana*. Inaugurada la senda metodológica para el estudio de obras perdidas con aquel libro ya clásico de Menéndez Pidal sobre los Infantes de Lara en 1896, una labor inmensa de restauración y reconstrucción arqueológica ha debido caracterizar nuestra imagen de la literatura medieval en la península. A casi cien años de esta primera piedra, la revisión equilibrada de los abundantes materiales compilados viene a ser ese alto en el camino que —dando ahora una visión de conjunto ya no sólo en el terreno de la épica, sino abierta a todos los géneros— revitaliza la investigación y el debate en este campo. “Oportunidad” —y éste es un segundo mérito— reñida del todo con la improvisación y el apasionamiento a que labor tan delicada suele propender; muy tempranamente Deyermond contrajo la deuda con esta vasta región especulativa de la literatura española de la Edad Media, y así lo demuestra el ya nutrido *corpus* —fragmentario por desgracia— de su investigación: para finales de la década de los setenta, un catálogo policopiado de es-